

## Soledad Acosta de Samper y su *performance* narrativo de la nación

Beatriz Aguirre\*  
*Universidad de Antioquia*

En primer lugar empezaremos a anunciar que no escribirán en ella sino *mujeres*; y en lo posible se tratará de que sean sólo colombianas y sud-americanas. Hay en Inglaterra, en Alemania, en Francia, y en otros países europeos muchos periódicos redactados, publicados e impresos sólo por mujeres; otro tanto sucede en los Estados Unidos de Norte-América; pero no tenemos noticia de una empresa igual en Hispano-América. Tócanos a nosotras, pues, el haber iniciado en Bogotá esta obra; el haber abierto este camino nuevo en nuestra literatura (LM, I: 1).

Este texto aparece en el “Prospecto” de la revista colombiana *La Mujer* (LM), publicada por Soledad Acosta de Samper en Santafé de Bogotá entre 1878 y 1881. Se expresa aquí la conjunción de mujer y nación, estableciendo como vínculo entre las dos categorías la producción literaria femenina. Esta relación hecha por las mujeres escritoras refleja el contexto histórico de cuando los sectores liberales de los países latinoamericanos han decidido que la “literatura” tenía “la capacidad de operar sobre las condiciones materiales para hacer efectivo el progreso social” (González, 1987: 19). Además, como lo resume Ángel Rama: “La constitución de la literatura, como un discurso sobre la formación, composición, y definición de la nación, habría de permitir la incorporación de múltiples *materiales ajenos* al circuito anterior de las bellas letras que emanaban de *las élites cultas*” (1984: 91 énfasis mío).

¿Dónde ubicaríamos entonces la producción literaria femenina? Estas mujeres escritoras, por su clase social, pertenecen a la élite culta y, como objeto de

---

\* Doctora en Comparative Literature, Binghamton University, USA; profesora e investigadora de la Escuela de Idiomas de la Universidad de Antioquia, baguirre@catios.udea.edu.co.

representación, no constituyen un material ajeno a esa literatura; es decir, las mujeres de su clase aparecen representadas constantemente en la narrativa y la poesía. Sin embargo, el material literario que producen sí es ajeno, con algunas contadas excepciones, al corpus que compone la literatura nacional y que se consigna en las diversas historias literarias que aparecen a partir de la mitad del siglo.<sup>1</sup>

Si de lo que se trata es de discutir la auto-inscripción de la mujer en la nación a través de su producción literaria, es necesario plantear la problemática alrededor de la definición de lo que es “nación”. Benedict Anderson define nación como “una comunidad imaginada como inherentemente limitada y soberana” (1993: 23).<sup>2</sup> Para que sea posible el imaginar una comunidad, tienen que comprenderse la temporalidad y la simultaneidad no como eran consideradas en la Edad Media, es decir, como una “simultaneidad del pasado y el futuro en un presente instantáneo”, lo que Walter Benjamin llama “tiempo mesiánico”. Este “tiempo mesiánico” ha sido reemplazado por la idea de un “tiempo homogéneo, vacío” en el que la simultaneidad es “de tipo cruzado, no marcada por la prefiguración y la realización, sino por la coincidencia temporal, y medida por el reloj y el calendario” (46). Anderson localiza esta transformación como estrechamente relacionada con dos maneras de imaginar que surgen en Europa en el siglo XVIII como producto de lo que él llama “capitalismo impreso” (la novela y el periódico): “estas formas proveyeron los medios técnicos necesarios para la ‘representación’ de la *clase* de comunidad imaginada que es la nación” (46-47).

Homi Bhabha reconoce la importancia del aporte de Anderson, especialmente por haber cuestionado la idea de nación, pero observa que el “tiempo homogéneo, vacío” se convierte para Anderson en un tiempo uniforme cuando se refiere a la narrativa nacional:

Anderson fracasa al localizar el tiempo alienante del signo arbitrario en el espacio naturalizado, nacionalizado de la comunidad imaginada. Aunque Anderson presta de Walter Benjamin su noción del tiempo

---

1 Beatriz González presenta un recuento y análisis de estas historias literarias en su libro *Historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano en el siglo XIX*.

2 Es “limitada” porque siempre tiene fronteras más allá de las cuales están otras naciones, “soberana” porque se concibe como un estado libre y autónomo en el que el poder ya no es dictado por un orden jerárquico divino, sino que es ejercido por gobernantes elegidos por los miembros de la nación, e imaginada como comunidad porque independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal.

homogéneo vacío de la narrativa moderna de la nación, falla en leer esa honda ambivalencia que Benjamin ubica profundamente dentro de la enunciación de la narrativa de la modernidad (Bhabha 1990b: 311).<sup>3</sup>

En esa “profunda ambivalencia” se hallan las mujeres con respecto a los diferentes frentes de la modernidad: las escritoras se ven abocadas en sus escritos a dar una definición del sujeto y específicamente, de la categoría mujer *vis-à-vis* las mujeres; a plantear la literatura en su relación con la realidad, y la definición de esa realidad según la adscripción de género-sexual; y a representar la nación concebida como uniforme y coherente, aunque de estas características ellas son partícipes únicamente como objetos de representación.

Ernst Renan enunció en el siglo XIX un concepto que resultaría esencial para explicar y cuestionar la formación de los estados nacionales; la idea de la voluntad del pueblo de ser una nación: “La existencia de una nación (perdónenme esta metáfora) es un plebiscito de todos los días, como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de la vida” (Renan, 1887: 307).<sup>4</sup> Bhabha retoma el concepto de Renan de la voluntad de ser nación y observa que en su enunciación el teórico francés estipula que parte integral de esa voluntad, que la “esencia de una nación es que todos los individuos tienen muchas cosas en común, y también que todos olvidan cosas” (286).<sup>5</sup>

Bhabha plantea, entonces, que “[e]ste olvidar —al menos en el origen— lo que constituye el inicio de la narrativa nacional” (Bhabha, 1990b: 310)<sup>6</sup>, y propone que la conjunción de recuerdo y olvido es una de las vías por las que se construye la nación, a través de un proceso al que llama “pedagógico” el cual “halla su autoridad narrativa en una tradición del pueblo, descrita por Poulantzas como un momento que llega a ser por sí mismo, encapsulado en una sucesión

---

3 “Anderson fails to locate the alienating time of the arbitrary sign in his naturalized, nationalized space of the imagined community. Although he borrows his notion of the homogeneous empty time of the nation’s modern narrative from Walter Benjamin, he fails to read that profound ambivalence that Benjamin places deep within the utterance of the narrative of modernity” (la traducción de los textos de Homi Bhabha es mía).

4 “L’existence d’une nation est (pardonnez-moi cette métaphore) un plébiscite de tous les jours, comme l’existence de l’individu est une affirmation perpétuelle de vie.”

5 “Or l’essence d’une nation est que tous les individus aient beaucoup de choses en commun, et aussi que tous aient oublié des choses.”

6 “It is this forgetting —a minus in the origin— that constitutes the beginning of the nation’s narrative.”

de momentos históricos que representa una eternidad producida por autogeneración” (299).<sup>7</sup>

Pero que el olvido sea necesario para la construcción del presente nacional no tiene que ver con la memoria histórica, ya que en ese olvido se da “la construcción de un discurso en la sociedad que actúa la totalización problemática de la voluntad nacional” (311).<sup>8</sup>

Bhabha interpreta y elabora el concepto de Renan de la voluntad del pueblo de ser nación, el plebiscito al que debe llegarse cada día, como una prueba de que la nación no está solamente constituida “pedagógicamente”, es decir, como algo continuo cuya temporalidad se va acumulando y que define su identidad de acuerdo con orígenes históricos, sino que en la formación de la nación también se da un aspecto “performativo”. Bhabha explica que ese plebiscito/acuerdo diario, lo “performativo” que también constituye una nación, es un “proceso de significación que debe borrar cualquier presencia previa u originaria de la nación-pueblo para demostrar el principio vivo y prodigioso del pueblo como un proceso continuo por el cual la vida nacional es redimida y significada como un proceso que se repite y reproduce” (297).<sup>9</sup>

La nación no es entonces una entidad coherente y unida que se enfrenta a las otras naciones, pues en la construcción del presente nacional, el olvido crea una nueva temporalidad que irrumpe en la uniformidad y homogeneización de lo que se supone constituye ese presente, dando como resultado “la imposibilidad de la unidad de la nación como fuerza simbólica”<sup>10</sup> (Bhabha, 1990a: 1) pues “su espacio está marcado internamente por diferencias culturales e historias heterogéneas de personas rivales, autoridades antagonistas y tensas localizaciones culturales” (Bhabha, 1990b: 299).<sup>11</sup>

Ninguna visión coherente de la nación, ninguna estrategia para la construcción de la nación, lleva necesariamente a la total homogeneización, pues como Renan

---

7 “finds its narrative authority in a tradition of the people, described by Poulantzas as a moment becoming by *itself*, encapsulated in a succession of historical moments that represents an eternity produced by self-generation.”

8 “the construction of a discourse on society that *performs* the problematic totalization of the national will.”

9 “process of signification that must erase any prior or originary presence of the nation-people to demonstrate the prodigious, living principle of the people as that continual process by which the national life is redeemed and signified as a repeating and reproductive process.”

10 “the impossible unity of the nation as a symbolic force.”

11 “its space is *internally* marked by cultural differences and the heterogenous histories of contending peoples, antagonistic authorities, and tense cultural locations.”

ya lo había apuntado: “La unidad se hace cada día brutalmente” (Renan, 1887: 285).<sup>12</sup> Es exactamente esa brutalidad lo que tiene que olvidarse en aras de la idea de nación para lograr definirla como un ente homogéneo, coherente y, por tanto, armónico. La homogeneización se logra sólo a través del olvido, es decir del recuerdo selectivo.

El decir que las naciones son inventadas/construidas no quiere decir que se niegue su existencia. Pero sólo cuando se acepta que las naciones no son un ente natural y autónomo se puede empezar a cuestionar los contenidos de una ideología nacionalista. Cuando se leen las historias nacionales de los estados-naciones latinoamericanos, es difícil asumir que la idea de nación no existía en ese pasado que construyen tales historias. Las narrativas nacionales, los nacionalismos inventan el pasado, el presente y el futuro de la nación de una forma coherente y homogénea.

Pudiera establecerse en el análisis de Bhabha una analogía entre el papel del pueblo en la formación de la nación —tal como la teoría contemporánea lee la nación— y el papel de la mujer en el mismo. Bhabha dice que “El pueblo no es simplemente un evento histórico o parte de un cuerpo político patriótico. El pueblo es también una estrategia retórica compleja de referencia social donde el reclamo de ser representativo provoca una crisis dentro del proceso de dirección significativa y discursiva” (1990b: 297).<sup>13</sup>

Las escritoras del siglo XIX insisten en que sus escritos son representativos de la nación, pero ello no alcanza a provocar una crisis dentro del proceso discursivo por varias razones entre las cuales la principal sería que lo que estas mujeres quieren es asimilarse a ese proceso discursivo, no destruirlo, pues privilegian sus propias alianzas de clase sobre otras posibles, como las de género-sexual y raza. Continúa Bhabha: “Tenemos entonces un territorio cultural en contienda donde el pueblo debe ser pensado en un doble tiempo: el pueblo es el “objeto” histórico de una pedagogía nacionalista, dado el discurso de una autoridad que es basada en lo previo o en el origen o evento constituido históricamente” (297).<sup>14</sup>

---

12 “L’unité se fait toujours brutalement.”

13 “The people are not simply historical events or part of a patriotic body politic. They are also a complex rethorical strategy of social reference where the *claim* to be representative provokes a crisis within the process of signification and discursive address.”

14 “We then have a contested cultural territory where the people must be thought in a double-time; the people are the historical ‘objects’ of a nationalist pedagogy, giving the discourse an authority that is based on the pre-given or constituted historical origin or event; the people are also the ‘subject’ of a process of signification that must erase any prior or originary presence

La mujer es objeto del discurso patriarcal; en el discurso histórico la mujer ha estado siempre implícita en su posición de objeto de deseo y de protectora de la sociedad. En sus escritos, las mujeres reclaman una posición de sujeto histórico en el proceso de significación para la constitución de la nación.<sup>15</sup> En la sociedad patriarcal la mujer, no importa de qué clase sea, ha sido siempre objeto; y aunque la clase de las escritoras coincide con la de los que detentan el poder, en realidad ocupan una posición marginal en el contexto género-sexual.

Las mujeres escritoras insisten en inscribir en la vida nacional lo que les sucede a ellas, tanto a nivel de la esfera privada como de la pública. Así tenemos en algunas revistas femeninas del siglo pasado, la publicación de biografías de mujeres paralelamente a la escritura de la historia de la nación.<sup>16</sup> La colombiana Soledad Acosta de Samper inserta en sus novelas históricas lo que ella llama “hechos personales y heroicos”, y aun cuando añade que éstos fueron realizados por “los hombres históricos”, el heroísmo en sus novelas está protagonizado por las mujeres que arriesgan su vida por esos héroes. En sus escritos históricos, líricos y de ficción, las mujeres narran desde el interior de la esfera privada, representando a la mujer bajo una visión doble: son objeto de estudio para sí mismas, y a la vez se representan como sujeto de cambio social y personal, como parte de la narrativa global de la cultura nacional.

La literatura se convierte en el siglo XIX en un medio de escribir la historia, recordando y olvidando, pero además imaginando, un proceso donde el olvido y lo que se imagina se justifican estéticamente, en nombre del arte, y filosóficamente, en nombre de la verdad que se quiere construir. Es así como

... una de las preocupaciones que monopolizan el interés de los intelectuales es la producción de discursos propiamente históricos, referidos de manera especial a desentrañar la esencia individualizadora de los pueblos, el perfil de su nacionalidad, su identidad a través de la sucesión en tiempo, la dialéctica entre su esencia permanente y sus mutaciones en la historia. Se conjugan la preocupación por los

---

of the nation-people to demonstrate the prodigious, living principle of the people as that continual process by which the national life is redeemed and signified as a repeating and reproductive process.”

15 Al mismo tiempo, en su propuesta el pueblo es representado como una masa uniforme, definida por su clase (y, en cierta medida, por la raza); es el “otro” de la élite, pero en él la categoría de género permanece invisible.

16 Ilustración de esto es la revista mexicana *Las hijas del Anahuac*, dirigida por Laurena Wright de Kleinhans y publicada entre 1887-1889.

orígenes y el diseño de líneas prospectivas: el ser nacional en su historia (González, 1987: 84).

La historia en el siglo XIX es escrita por la burguesía de modo de representar el paradigma de lo que la verdad y la realidad deben ser. Las escritoras inscriben en la historia la vida de las mujeres, haciendo uso del género biográfico que abunda en revistas femeninas, pero al mismo tiempo estas mujeres escriben la historia de cómo fueron constituidas sus naciones.

En la revista colombiana *La Mujer*, los escritos históricos representan la época de la conquista y de la pre-independencia de lo que hoy es Colombia,<sup>17</sup> los casi 300 años de colonia están ausentes. La consecuencia de negar la colonia la expresa Beatriz González así:

Al tener que negar la Colonia por ser considerada como un pasado ilegítimo para fundamentar en él las raíces de la nacionalidad y de su literatura, se estaba paradójicamente inhabilitando la legitimidad y consistencia de las nuevas naciones. La situación ahonda en una cadena de contradicciones excluyentes (103).

La colonia se olvida frecuentemente en la definición de la nación colombiana en los escritos del XIX, aunque la historia literaria de Vergara y Vergara incluya la producción colonial, de modo bastante selectivo. El que rescate de la colonia únicamente ciertas figuras literarias con el objeto de insertarlas en la historia de la nación, revela la importancia dada al discurso literario en la definición de ésta. El discurso literario funciona así como puente entre la cultura y la política y homogeneiza las diferencias existentes en el interior de la historia de las que hoy son las naciones americanas.

Es interesante que en las historias americanas lo sucedido 50 años antes, dos generaciones atrás, sea considerado un pasado lejano, pero al negarse al período colonial como parte de la nación, resulta necesario exaltar lo sucedido

---

17 Durante la colonia, Colombia era llamada *Reino de Nueva Granada*, e hizo parte del Virreinato de la Nueva Granada. En 1819, tras la batalla de Boyacá, se constituyó la República de Colombia, más conocida como la *Gran Colombia*. De 1831 a 1858 adopta el nombre de *Nueva Granada*. Entre 1858 y 1863 se llamó *Confederación Granadina*. Durante la insurrección del liberal Mosquera, toma el nombre de *Estados Unidos de Colombia*, vigente hasta 1886. A partir de 1886, se adoptó el nombre *República de Colombia* (Tirado, 1982: 328). La exposición de los diversos denominantes de Colombia es pertinente, pues en el cambio de nombres se ve un paso de la denominación a partir de un sitio geográfico de la colonia, Granada, a privilegiar al descubridor Colón, con lo que pretendía borrar la dominación colonial.

en el siglo XIX. Esta característica es lo que Bhabha identifica como la “dimensión de profundidad” en la construcción de la identidad nacional. Bhabha parte de la noción de John Locke, a quien cita: “La acción de *profundidad* reúne en una relación analógica (ajena a las diferencias que construyen la temporalidad y la significación) ‘la misma conciencia uniendo esas acciones distantes en la misma persona, *cualquiera sean las sustancias que contribuyen a su producción*’” (1994: 48-49).<sup>18</sup>

En las novelas de Acosta cuando se rescata la época de la conquista es para establecer un paralelo entre la lucha de los habitantes de la América precolombina contra los españoles, y la lucha entre los criollos y los españoles tres siglos después. El resultado es esa dimensión de profundidad de la que habla Bhabha, donde la conciencia une esas dos acciones distantes para validar una característica que quiere exaltarse en el presente. La dimensión de profundidad se realiza entonces en el salto que se hace en la historia uniendo el pasado muy lejano con el presente, y magnificando la distancia temporal, la antigüedad de los hechos más bien recientes.

Acosta caracteriza el conocimiento de la historia en términos de género-sexual, pues para ella la historia nacional es de vital importancia en la definición de la identidad de la mujer como un ente social: “sin la ciencia histórica, es decir, sin el conocimiento de lo que hicieron las pasadas generaciones, la mujer no podría ejercer una influencia provechosa” (LM, I: 3). La falta de conocimiento de la historia nacional es también un problema en el pueblo: “¿Y qué diremos entre nosotros, en estos países de América, en donde el pueblo es más ignorante que en ninguna parte del mundo civilizado, porque no tiene tradiciones históricas, ni monumentos que le recuerden los acontecimientos pasados?” (LM, IV: 44, 196).

Vemos aquí presentada la historia como la acumulación de sucesos y personajes que Bhabha identifica como el proceso pedagógico de la construcción nacional. Tal acumulación convierte la narrativa histórica en un “*medium* de una continuidad naturalística de una Comunidad o Tradición”<sup>19</sup> que favorece a aquéllos que detentan el poder y selecciona los sucesos representativos de esa comunidad y tradición, interpretándolos como lo natural, como lo único que pudo haber sucedido (Bhabha, 1990b: 302).

---

18 “The agency of *depth* brings together in an analogical relation (dismissive of the differences that construct temporality and signification) “that same consciousness uniting those distant actions into the same person, *whatever substances contributed to their production.*”

19 “medium of a naturalistic continuity of Community or Tradition.”



La urgencia por crear tradiciones y monumentos históricos obedece, como dice Spivak, a la necesidad de crear héroes, agentes de poder, que es lo que subyace en toda representación (279). Los elementos históricos que usa Acosta para construir los orígenes de la nación colombiana coinciden en gran parte con los que Vergara y Vergara escoge en su historia de la literatura en Nueva Granada, y que han pasado a los textos escolares: el primer escrito periodístico (noticia del terremoto de Santafé de Bogotá en 1785); la Expedición Botánica comandada por José Celestino Mutis; Antonio Nariño y su traducción y publicación clandestina de la Declaración de los Derechos del Hombre, y, por último, el evento por excelencia: el préstamo de un florero de la casa-tienda del comerciante español Llorente el 20 de julio de 1810 en Bogotá.

Acosta apunta, en la introducción de la serie “Estudios históricos de la mujer en la civilización”, que en la escritura de la historia en los países hispanoamericanos ha faltado hasta el momento un elemento muy importante:

Si bien muchos autores se han ocupado de narrar los acontecimientos trascendentales de la conquista, colonización e independencia de América, pocos en otras Repúblicas, y poquísimos en Colombia, han referido los hechos personales y heroicos de los hombres históricos que nos dieron y tuvieron representación e importancia en la formación de estas naciones (LM, I: 29).

Esos hechos personales son representados en las novelas históricas y en los romances histórico-familiares a través de las relaciones amorosas de los héroes, como queriendo decir que si hay “hombres históricos” también hay mujeres que merecen el título de históricas y que sus acciones, aunque inscritas en lo personal, son igualmente heroicas. Es previsible que las mujeres quieran crear heroínas e insertarlas en la historia nacional con las cuales se van a ver identificadas. La necesidad planteada por Acosta puede examinarse desde la perspectiva de lo que se recuerda y lo que se olvida en la narrativa de la historia nacional. Hasta el momento, la historia ha olvidado incluir lo personal y heroico de sus participantes, y Acosta identifica lo personal de esa historia en las mujeres, creando heroínas colombianas en sus novelas. Este aspecto de lo personal de estos héroes identificado en las mujeres, pudiera leerse como parte de lo “performativo” en la construcción de la nación, lo que no es reconocido en la construcción acumulativa, y que por ello tiene que repetirse cada vez que las mujeres escriben la historia.

Puede decirse que Acosta, al aportar lo personal y sentimental a la historia oficial, feminiza la historia, es decir coloca lo privado en el plano público, y seguramente esa fue una de las acusaciones hechas a la escritora por sus contemporáneos. Ella misma asegura que hay que aligerar la escritura de la historia, para que las mujeres que no tienen mucho tiempo libre puedan sacar el mayor provecho de lo que leen en poco tiempo. Pero lo más importante de su objetivo es hacer posible a las mujeres, desde su espacio doméstico, verse identificadas en la historia, y es por ello que adorna esa historia de la que han sido excluidas, no exactamente como heroínas reconocidas en la esfera pública, pues la historia ya reconocía al menos a tres como tales, pero sí en su colaboración en el diario construir de la nación desde el reducido espacio donde operaban.<sup>20</sup>

Escribir la historia de la conquista y la pre-independencia es campo más seguro para Acosta, pues en esos períodos el enemigo es externo: los españoles son los enemigos de los criollos. Pero novelar la historia de lo que viene después de la independencia, desde 1827 hasta el momento en que publica la revista, la haría tomar públicamente una posición política respecto a las divisiones internas de los neo-granadinos. De la época de la conquista, Acosta narra la historia de dos conquistadores, Alonso de Ojeda, que pasó a la historia con colores no muy brillantes, y Juan Fernández, personaje real pero realmente oscuro en la historia de Nueva Granada. Las novelas de Acosta de la época de la independencia mueven el protagonismo de los personajes históricos a los hechos *per se* y a personajes imaginados y secundarios, imitando el modelo de novela histórica de Walter Scott que fuera muy popular. En ambas novelas la trama se basa en una historia de amor, un romance, lo que fue una pauta seguida no sólo por las mujeres escritoras sino que fue el argumento utilizado por muchos de los escritores reconocidos en su momento como representativos de sus respectivas literaturas nacionales.

Quisiera discutir el uso del romance por Acosta en sus narraciones, históricas y de ficción, a la luz del agudo análisis hecho por Doris Sommer en su libro *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*, donde asegura que

---

20 La historia colombiana reconoce desde el siglo pasado a tres heroínas que fueron activas en la independencia: Policarpa Salavarrieta y Manuela Beltrán, protagonistas de dos revueltas locales, y Manuelita Sáenz la compañera de Bolívar. Para mayor información sobre estas mujeres, ver Cherpak, 1978.

Los romances nacionales hubieran sido política y socialmente prematuros antes de la mitad del siglo XIX. Allí fue cuando el liderazgo pasó a manos de hombres jóvenes entrenados para respetar la razón en escuelas poscoloniales liberales. Fueron también entrenados para desear las alianzas más apasionadas de la Naturaleza en las novelas que leían ardientemente (Sommer, 1991: 12).<sup>21</sup>

Sommer explica también que los romances locales sirvieron para completar la incompleta historia nacional, y para resolver conflictos en los que los antiguos enemigos se reconciliaban como aliados.<sup>22</sup> En esos romances nacionales se funden la novela y el romance pues se disuelven los límites entre la una, con sus detalles superficiales e intrincadas relaciones personales, y el otro que trata de hechos altamente simbólicos (25). Es necesario añadir a la propuesta de Sommer que también hay una inversión de género-sexual en la fusión romance-novela usada por los escritores latinoamericanos para construir la narrativa nacional, así como lo hay en el uso de la biografía para revelar lo íntimo de las figuras públicas masculinas y hacer pública la vida privada de las mujeres.

El romance aparece en LM, tanto en las novelas de ficción publicadas en la revista cuyos títulos son: *Anales de un paseo* y *Doña Gerónima*, como en las novelas históricas, también de Acosta: *Cuadros y relaciones novelescas de la historia de América. Dedicados al bello sexo colombiano*, en la que se incluyen diversos relatos cortos, y uno largo, “Alonso de Ojeda. Reseña histórica del siglo XV”, publicada en los tomos I y II; “La juventud de Andrés. Novela histórica (fin del siglo XVIII)”, y “La familia del tío Andrés (Época de la independencia. Segunda parte de la juventud de Andrés) Novela histórica y de costumbres nacionales”, publicadas en los tomos III y IV de la revista. Tenemos, por último, “La india de Juan Fernández (Cuadro histórico-novelesco)”, publicada en el tomo V. Es de estas novelas históricas de las que me quiero ocupar, aunque a veces será necesario referirme a las de ficción como comparación.

El conflicto que intenta resolverse en las novelas no históricas de Acosta es la adecuada selección por la mujer del hombre con quien va a casarse. El conflicto que se intenta resolver a través del romance en sus novelas históricas es la distancia entre los españoles y los criollos, como veremos a continuación.

---

21 “National romances would have been politically and socially premature before mid-nineteenth century. That was when leadership passed into the hands of young men who were trained to respect reason in the postcolonial liberal schools. They were also trained to desire Nature’s most passionate alliances in the novels they so ardently read.”

22 Sommer incluye en su estudio sólo un romance escrito por una mujer, *Sab*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, novela escrita en la primera mitad del siglo y publicada en España.

En la novela sobre Alonso de Ojeda se plantea un triángulo amoroso entre el conquistador y la novia dejada en España, María, y la india Isabel, quien se enamora de él en América. Ojeda olvida a María, la novia española, y rechaza a Isabel, la indígena, e ingresa en la orden franciscana en España. En *La india de Juan Fernández*, este soldado portugués, quien también dejó novia en Portugal, es rescatado de morir en la selva neo-granadina por la india María, quien era su sirvienta-esclava. La historia de Fernández es importante porque representa la primera unión interracial validada oficialmente por la historia y la literatura.<sup>23</sup> Juan Fernández se casa con la india María cumpliendo su deber, pues en su desesperación de morir solo en la selva promete a Dios: “mándame un ser compasivo, que si viniera ahora, juraría dedicar mi existencia a su servicio... Señor!” (LM, IV: 48, 271). La pareja se radica en Santafé de Bogotá. El mensaje que se extrae de ambas novelas sugiere que para establecerse en tierra americana es necesario un vínculo directo con la tierra, pues en el caso de Fernández su matrimonio con la india María le salva de perecer en la selva, como le sucedió a la mayoría de los miembros de su expedición. Ojeda, quien rechaza a la india Isabel, muere solo y alejado de la tierra que soñó conquistar. Soledad Acosta presenta en ambos relatos a la india como más inteligente y sensible, más bella y blanca que las demás de su raza, lo que es una manera de idealizar el mestizaje, es decir, de olvidarlo. Con tal idealización/olvido se elimina la diferencia que el “otro” plantea y se hace posible validar la alianza interracial, y la nueva raza americana.

Acosta incluye otras narraciones cortas, en las cuales está también presente su discurso racial. En “El fuerte desamparado”, las protagonistas son mujeres españolas que se enfrentan casi solas a los indios que las rodean. La hija de una de ellas ha sido raptada por los indios como consecuencia del maltrato que la española diera a su sirvienta india (LM, I: 48). Esta es una narración de cautiverio, pero a diferencia de las obras de este tipo escritas en Estados Unidos, en las que se representan los indígenas como vándalos feroces, Acosta dice que la violencia de los indígenas es un acto de defensa ante la crueldad de los españoles. Las mujeres se defienden y salen ilesas, aunque no se recupera a la hija raptada. El relato “El cacique Chucuramay” cuenta de la masacre realizada por los españoles de 23 caciques de lo que hoy es, y ensalza la fidelidad de los indios hacia sus jefes que ofrecen su vida para salvar a la máxima autoridad (LM, I: 60). La fidelidad a los suyos es una de las características aceptables de los

---

23 Acosta extrae los datos acerca de Fernández de la *Historia de Venezuela* escrita por Baralt.

nativos de América, y es éste el único aporte indígena al carácter de los criollos que luchan durante el período de la independencia combinando en los criollos el valor y la fidelidad de los indígenas y la inteligencia de los españoles.

Quien representa la parte de América en los romances históricos de Acosta es siempre la mujer. En estas novelas los hombres son todos españoles o criollos de primera generación, mientras que las mujeres son indígenas o criollas-blancas de familias que han estado ya por varias generaciones en América, y por ese hecho pertenecen al territorio americano. Las mujeres representan la antigüedad en la tierra que validaría la construcción de la nación, ellas aportan la dimensión de profundidad de que nos habla Homi Bhabha.

En *La juventud del tío Andrés*, Acosta narra la gestación de la independencia nacional desde la perspectiva de la familia Ruiz, originaria de Guaduas que se muda a la capital, Santafé de Bogotá.<sup>24</sup> La novela se estructura en dos historias paralelas que se cruzan en intervalos para finalmente consolidar la unión de los diversos mundos representados (España y la Colonia, la provincia y la ciudad capital). Por un lado tenemos los acontecimientos históricos, y por el otro el romance en dos generaciones de dos familias, una de criollos y otra de españoles. En la introducción a la primera parte, el narrador hace un breve recuento de la situación en Nueva Granada. El virrey Juan Manuel Flores trae la segunda imprenta en 1776, siendo la primera la traída por los jesuitas en 1734. Flores quitó del territorio de Nueva Granada, las zonas de Guayana, Maracaibo, Cumaná, y las islas de Trinidad y Margarita, para anexárselas al territorio venezolano. Acosta menciona la guerra entre Inglaterra y España, y las consecuencias de la actuación del visitador Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, que por orden de la corona eleva exageradamente los impuestos a los criollos, con el fin de reunir fondos para continuar la guerra con Inglaterra, como motivos de la revuelta de los Comuneros en el nor-orienté del país. Caballero y Góngora, arzobispo del virreinato, gestionó la paz con los Comuneros, prometiendo eliminar los impuestos, lo que no se cumplió. También, la introducción trata de ciertas áreas de la vida del virreinato que han pasado a la historia nacional como precursoras de la independencia: la imprenta como representante de los adelantos culturales, los límites territoriales, la actuación de la Iglesia en asuntos del Estado, y como factores externos, la guerra entre España e Inglaterra. La trayectoria de los Ruiz en el Nuevo Mundo es resumida así: “La familia Ruiz se había establecido en Indias, reciente la conquista, y aunque había conservado su raza limpia de

---

24 Puerto sobre el río Magdalena, que era la principal vía comercial en el siglo XIX en la Nueva Granada, y ciudad de donde las familias Acosta y Samper eran oriundas.

toda clase de linaje de indios o negros perteneciente al gremio de los llamados *criollos* por los españoles oriundos de la madre patria [...] leales al Rey” (LM, III: 31, 151).

No es casual la mención de la limpieza del linaje de los Ruiz, pues los criollos neo-granadinos se negaban a aceptar la presencia del mestizaje en las clases medias y altas. Andrés Ruiz, quien da título a la novela, viaja de Guaduas a Santa Fe con la intención de continuar sus estudios de teología y convertirse en sacerdote. En el camino se une al grupo de la familia de Melchor, un comerciante español, su esposa, su hija Magdalena, y un niño llamado Clemente, además de un capitán del ejército español, Álvarez. Magdalena coquetea con Andrés durante el viaje, y el narrador hace evidente que ésta también tiene una relación con Álvarez, e insinúa muchas veces que el niño es hijo de ella y dicho capitán.

Una vez en Bogotá, Andrés obtiene el apoyo del arzobispo Caballero y Góngora, quien llegara a ser virrey, además conoce a José Celestino Mutis y a Antonio Nariño, figuras claves en la historia del país, representando éstos la Iglesia, el Estado y la naturaleza americana a través del conocimiento que de ella dan los intelectuales. Don Melchor busca el apoyo de Andrés ante el virrey para desarrollar sus negocios. Andrés se sumerge en el mundo de la capital, no exactamente en los asuntos religiosos, sino más bien en los políticos, aunque nunca quiera comprometerse con ningún bando.

La primera parte de la novela termina describiendo el acierto del gobierno colonial al fomentar la instrucción pública, y la fundación del primer periódico, *Papel periódico de Santafé de Bogotá* el que “introdujo el deseo de conocer lo que sucedía en otros países y la marcha de la civilización en otras naciones” (LM, IV: 42, 128). Acosta anota que las ideas emancipadoras ya habían dado fruto a finales de la colonia:

y lo demuestran los documentos descubiertos por el señor Quijano Otero, en los que aparece que desde 1783 don Vicente de Aguiar y don Dionisio de Contreras habían elevado un memorial al primer Ministro británico, manifestando su deseo de emancipar el Nuevo Reino; pero súpolo el Ministro español en Londres y la Corte pudo frustrar su proyecto (LM, IV: 42, 128).

Reclama con esto originalidad en las ideas de emancipación: los criollos del Nuevo Reino de Granada ya estaban gestando la independencia, si no antes que los franceses y Estados Unidos de Norteamérica realizaran sus respectivas revoluciones, por lo menos al mismo tiempo.

La historia de Andrés continúa en la novela titulada *La familia del tío Andrés*, con los acontecimientos ocurridos el 20 de julio de 1810 en Santafé de Bogotá que han pasado a la historia como “el grito de la independencia”. Acosta relaciona a la familia Ruiz con lo acaecido en la casa del comerciante español Llorente, y de lo cual Manuel, el sobrino menor de Andrés, fue testigo. La madre, hermana de Andrés, se opone a que sus hijos mayores se involucren en los sucesos. Pero sus hijas, las sobrinas de Andrés, Mariquita y Mariana, desafían la autoridad materna y hacen posible a sus hermanos el unirse al grupo de insurgentes en las calles santafereñas. Clemente, aquel hijo del capitán español y la coqueta Magdalena, quien es íntimo amigo de los sobrinos de Andrés y pretendiente de Mariana, se reúne con ellos en las luchas callejeras.

En el desenlace se van a solucionar los dos hilos narrativos. El hilo histórico se resuelve con el inicio de la independencia política y económica de la corona española. El conflicto familiar se resuelve cuando Andrés y su hermana doña Inés se deciden a apoyar la causa de los criollos abiertamente, y Andrés acaba aceptando a Clemente en la familia. En el romance se reconcilian la familia de los españoles y los criollos a través del matrimonio entre Mariana, sobrina de Andrés Ruiz, y Clemente, hijo del capitán español Álvarez y Magdalena. En la primera parte de esta novela se nos dice que el niño Clemente, el hijo de Álvarez y Magdalena, muere. Sin embargo, Clemente aparece de nuevo en la segunda parte, incongruencia que puede juzgarse como falla de la escritora, pero que puede leerse como significativa en nuestro análisis pues sirve para ratificar la importancia simbólica del personaje: sin Clemente no puede darse la conciliación entre españoles y criollos representada en el romance entre Clemente y Mariana. La historia de amor, lo más doméstico de la narrativa, toma así un cariz simbólico/político representando el origen de la nación en la nueva familia que se conforma.

Soledad Acosta de Samper, así como otras muchas escritoras latinoamericanas están escribiendo a la vez que inscribiéndose en sus naciones a través del paisaje, la historia, y la literatura. Es necesario a este punto, preguntarse nuevamente qué posición ocupan los textos de estas mujeres de la élite dentro de la narración de la nación. Homi Bhabha plantea que:

En la producción de la nación como narración hay una fractura entre la temporalidad continua, acumulativa de lo pedagógico, y la

estrategia repetitiva, y recursiva de lo performativo. Es a través de este proceso de fracturación que la ambivalencia conceptual de la sociedad moderna llega al sitio de escribir la nación (1990b: 297).<sup>25</sup>

Lo personal y “femenino” que las escritoras insertan en la formación acumulativa de la nación que las ha olvidado, pudiera identificarse con esa “fractura” que señala Bhabha, pues cumple con las características de lo “repetitivo” de la estrategia “performativa”. Lo que se repite diariamente en la construcción de la nación es la actuación del género-sexual femenino con todas sus inclusiones y exclusiones a nivel de clase, a través de la publicación de sus escritos en la abundante literatura periódica. Estos escritos de mujeres serían los “pedacitos, retazos, trapos de la vida diaria deben ser repetidamente convertidos en los signos de una cultura nacional, mientras el mismo acto de la actividad narrativa interpela a un círculo creciente de sujetos nacionales” (297).<sup>26</sup>

Soledad Acosta de Samper, al igual que otras escritoras, está usando ambas constituciones de la identidad nacional: apela a la constitución acumulativa (“pedagógica”) refrendada por la historia, y también experimenta la “performativa” al representar la actuación de la mujer en la historia a través de su escritura como un proceso que se repite diariamente —que tiene que repetirse, pues no es reconocido ni validado por la historia oficial— y que re/produce a la vez la identidad nacional, abriendo un espacio para las mujeres al margen del “adentro” que define la nación. Lo problemático en estas escritoras y sus propuestas es que tratan de detener, y convertir en algo acumulativo, lo “performativo” de la participación de la mujer en la historia nacional, pues al legitimar únicamente la actuación de las mujeres de su propio grupo social, están excluyendo a todas las demás que no pertenecen a él, homogeneizando y naturalizando la categoría mujer.

---

25 “In the production of the nation as narration there is a split between the continuist, accumulative temporality of the pedagogical, and the repetitious, recursive strategy of the performative. It is through this process of splitting that conceptual ambivalence of modern society becomes the site of writing the nation.”

26 “The scraps, patches, and rags of daily life must be repeatedly turned into the signs of a national culture, while the very act of the narrative performance interpellates a growing circle of national subjects.”



## Bibliografía

- Acosta de Samper, Soledad. *La Mujer. Lectura para las familias*. Tomo I, segunda edición abreviada. Bogotá: Imprenta de Silvestre & Compañía, 1880.
- \_\_\_\_\_. *La Mujer. Lectura para las familias*. Tomo II. Nos. 13-24, 5 de abril de 1879 – 20 de septiembre de 1879. Bogotá: Imprenta de “El Bien Social”.
- \_\_\_\_\_. *La Mujer. Lectura para las familias*. Tomos III-V. Nos. 25-60, 1º de octubre de 1879 – 15 de mayo de 1881. Bogotá: Imprenta de Silvestre & Compañía, 1880-1881.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Trad. Eduardo L. Suárez. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Bhabha, Homi. “Interrogating Identity. Franz Fanon and the Postcolonial Prerogative” en *The Location of Culture*. London: Routledge, 1994, 40-65.
- \_\_\_\_\_. “Introduction: Narrating the Nation”, en *Nation and Narration*. Ed. Homi Bhabha. Great Britain: Routledge, 1990a, 1-7.
- \_\_\_\_\_. “DissemiNation: Time, Narrative, and the Margins of the Modern Nation”, en *Nation and Narration*. Ed. Homi Bhabha. Great Britain: Routledge, 1990b, 291-322.
- Chanady, Amaryl. “Introduction: Latin American Imagined Communities and the Postmodern Challenge”, en *Latin American Identity and the Construction of Difference*. Ed. Amaryl Chanady. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994, ix-xlvi.
- Cherpak, Evelyn. “La participación de las mujeres en el movimiento de independencia de la Gran Colombia, 1780-1830”, en *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas*. Ed. Asunción Lavrin. México: Fondo de Cultura Económica, 1978, 253-270.
- González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hannover, N.H.: Ediciones del Norte, 1984.
- Renan, Ernst. “Qu’est-ce qu’une nation?”, en *Discours et Conférences*. Ed. Calman Lévy. Paris: Ancienne Maison Michel Lévy Frères, 1887, 277-310.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- Tirado Mejía, Álvaro. “El Estado y la política en el siglo XIX”, en *Manual de Historia de Colombia*. Tomo II.